

Un paladín de la verdad

Un nuevo emperador, Carlos V, ascendió al trono de Alemania. El elector de Sajonia, con quien Carlos tenía una gran deuda por su obtención de la corona, le rogó que no tomara medidas contra Lutero antes de haberle dado la oportunidad de escucharlo. El emperador se hallaba así en una posición de gran incertidumbre y dificultad. Los papistas no estarían satisfechos con nada menos que la muerte de Lutero. El elector había declarado “que el Dr. Lutero debe ser provisto de un salvoconducto, para poder aparecer ante un tribunal de jueces imparciales, sabios y piadosos”¹.

La asamblea se reunió en Worms. Por primera vez los príncipes de Alemania habían de encontrarse con su joven monarca en una asamblea. Dignatarios de la Iglesia y del Estado, y embajadores de países extranjeros, todos se reunieron en Worms. Sin embargo el tema que despertaba más profundo interés era el reformador. Carlos V había encargado al elector que trajera consigo a Lutero, asegurando protección y prometiendo una libre discusión de las cuestiones que estaban en disputa. Lutero le escribió al elector: “Si el emperador me llama, no tendré ninguna duda de que es el llamado de Dios mismo. Si ellos desean usar violencia contra mí, [...] yo coloco el asunto en manos del Señor. [...] Si él no me salva, la vida es de poca importancia. [...] Ustedes pueden esperar de mí cualquier cosa [...] pero no la huida o la retractación. Huir no puedo, y menos retractarme”².

Cuando circularon las noticias de que Lutero se presentaría ante la Dieta, se produjo una agitación general. Aleandro, el legado papal, estaba alarmado e irritable. Analizar un caso en el que el Papa ya había pronunciado la sentencia de condenación podría arrojar dudas sobre la autoridad del pontífice. Además, los argumentos poderosos de ese hombre desviarían a muchos príncipes de su lealtad al Papa. Por eso insistió mucho ante Carlos V para que Lutero no compareciera en Worms, e indujo al emperador a ceder.

Aleandro no se sintió satisfecho con esta victoria, y se esforzó para obtener la condenación de Lutero, acusando al reformador de “sedición, rebelión, impiedad y blasfemia”. Pero su vehemencia reveló el espíritu que lo dominaba. “Está movido por el odio y la venganza”, era la observación general.³

Con mucha más energía, Aleandro urgió al emperador a ejecutar los edictos papales. Vencido por las insistencias del legado, Carlos V le concedió a este la oportu-

¹ D'Aubigné, lib. 6, cap. 11.

² *Ibid.*, lib. 7, cap. 1.

³ *Ibid.*, lib. 7, cap. 1.

tunidad de presentar el caso ante la Dieta. Con recelos, los que habían favorecido al reformador anticipaban el discurso de Aleandro. El elector de Sajonia no estaba presente, pero algunos de sus cancilleres tomaron nota del discurso del nuncio.

Lutero, acusado de herejía

Con instrucción y elocuencia, Aleandro se propuso acusar a Lutero como un enemigo de la Iglesia y del Estado. “En los errores de Lutero –declaró– hay suficiente motivo para condenar a la hoguera a cien mil herejes”.

“¿Qué son todos estos luteranos? Un puñado de insolentes pedagogos, sacerdotes corruptos, monjes inmorales, abogados ignorantes y nobles degradados. [...] ¡Cuán superior a ellos es el partido católico en número, capacidad y poder! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea iluminará a los simples, amonestará a los imprudentes, ayudará a decidir a los dubitativos y dará fuerza a los débiles”.⁴

Los mismos argumentos todavía se siguen esgrimiendo contra todos los que se atreven a presentar las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. “¿Quiénes son todos estos predicadores de nueva doctrina? Son ignorantes, pocos en número y pertenecen a la clase más pobre. Sin embargo, pretenden tener la verdad y ser el pueblo elegido de Dios. Son ignorantes y están engañados. ¡Cuán superior en número e influencia es nuestra iglesia!” Estos argumentos no son más concluyentes hoy que en los días del reformador.

Lutero no estaba presente, con las claras y convincentes verdades de la Palabra de Dios, para vencer al paladín papal. Se manifestó una disposición general no solo de condenarlo a él y sus doctrinas, sino también, si fuera posible, de desarraigar la herejía. Todo lo que Roma podía decir en su propia defensa había sido dicho. De allí en adelante, el contraste entre la verdad y el error se vería más claramente, porque la lucha ahora se daba públicamente.

En esa oportunidad, el Señor movió a un miembro de la Dieta para hacer una verdadera presentación de los efectos de la tiranía papal. El duque Jorge de Sajonia se puso de pie en esa asamblea de príncipes y especificó con terrible exactitud los engaños y las abominaciones del papado:

“Los abusos [...] claman contra Roma. Se ha abandonado toda vergüenza, y su único objeto es [...] dinero, dinero, dinero [...] de manera que los predicadores que deben enseñar la verdad no expresan sino falsedades, y no solo son tolerados, sino recompensados, porque cuanto mayores son sus mentiras, mayor es su ganancia. Es de esta fuente corrompida de donde manan las aguas contaminadas. El libertinaje conduce a la avaricia. [...] ¡Ah!, es el escándalo causado por el clero lo que precipita a tantas almas a la condenación eterna. Debe efectuarse una reforma general”.⁵ El hecho de que el orador era un enemigo declarado de la Reforma dio mayor influencia a sus palabras.

⁴ *Ibid.*, lib. 7, cap. 3.

⁵ *Ibid.*, lib. 7, cap. 4.

Ángeles de Dios arrojaron rayos de luz sobre las tinieblas del error y abrieron los corazones a la verdad. El poder del Dios de la verdad dominó aun a los adversarios de la Reforma y preparó el camino para la gran obra que estaba por realizarse. En esa asamblea se había oído la voz de Uno mayor que Lutero.

Se nombró una comisión para que preparara una lista de las opresiones papales que recaían pesadamente sobre el pueblo de Alemania. Se presentó esta lista al emperador, con un pedido de que tomara medidas para la corrección de esos abusos. Decían los peticionarios: “Tenemos el deber de prevenir la ruina y la deshonra de nuestro pueblo. Por esta razón, muy humildemente, pero con la mayor urgencia, le rogamos que ordene una reforma general, y que se aboque a realizarla”.⁶

Lutero es intimado a comparecer

El concilio ahora exigió que el reformador compareciera ante ellos. El emperador por fin estuvo de acuerdo, y Lutero fue citado. Con la notificación se expidió un salvoconducto. Un heraldo fue el encargado de llevar estos documentos a Wittenberg, para conducir a Lutero a Worms.

Conociendo el prejuicio y la enemistad que había contra él, los amigos de Lutero temieron que su salvoconducto no fuera respetado. Pero él contestó: “Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros del error. Los he despreciado durante mi vida; triunfaré sobre ellos en mi muerte. En Worms están ocupados en obligarme a retractarme; y esta será mi retractación: He dicho anteriormente que el Papa era el vicario de Cristo; ahora declaro que él es el adversario del Señor y el apóstol del diablo”.⁷

Además del mensajero imperial, tres amigos decidieron acompañar a Lutero. El corazón de Melanchton estaba unido al de Lutero, y anhelaba seguirlo. Pero sus ruegos le fueron negados. Dijo el reformador: “Si yo no regreso, y mis enemigos me dan muerte, sigue enseñando tú, y mantente firme en favor de la verdad. Trabaja en mi lugar. [...] Si tú sobrevives, mi muerte será de poca importancia”.⁸

Siniestros presentimientos embargaban la mente de la gente. Se supo que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. El heraldo, temiendo por la seguridad de Lutero en el concilio, le preguntó si todavía quería continuar su viaje. Él contestó: “Aunque se me ponga bajo interdicto en todas las ciudades, continuaré”.⁹

En Erfurt, Lutero pasó por las calles que había recorrido a menudo, visitó su celda del convento y pensó en las luchas mediante las cuales había penetrado en su alma la luz que ahora inundaba Alemania. Le pidieron que predicara. En realidad, al principio se le había prohibido que lo hiciera, pero luego el

⁶ *Ibid.*, lib. 7, cap. 4.

⁷ *Ibid.*, lib. 7, cap. 6.

⁸ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

⁹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

heraldo le dio permiso, y Lutero, el fraile que una vez había sido el sirviente del convento, ahora ocupaba el púlpito.

El pueblo escuchó embelesado. El pan de vida fue repartido a esas almas hambrientas. Cristo fue elevado delante de ellos por encima de los papas, los enviados, los emperadores y los reyes. Lutero no hizo referencia a su propia situación peligrosa. En Cristo, se había perdido de vista a sí mismo. Se escondió detrás del Hombre del Calvario, tratando solamente de presentar a Jesús como Redentor del pecador.

El valor de un mártir

Mientras que el reformador continuaba su marcha, una ansiosa multitud lo rodeaba, y voces amigas le advertían de los romanistas. “Te quemarán –le dijo uno–, y reducirán tu cuerpo a cenizas, como hicieron con Juan Hus”. Lutero contestó: “Aunque encendieran un fuego tan grande que alcance desde Worms hasta Wittenberg [...] yo lo atravesaría en el nombre del Señor; compareceré delante de ellos [...] confesando el nombre de Cristo Jesús”.¹⁰

Su aproximación a Worms creó una tremenda conmoción. Sus amigos temblaban por su seguridad. Los enemigos temían por la causa de ellos. Por instigación de los papistas, se le pidió alojarse en el castillo de un caballero amigo, donde, según se declaró, todas las dificultades podrían ser amigablemente arregladas. Los amigos describieron los peligros que lo amenazaban. Lutero, sin inmutarse, respondió: “Aunque haya tantos demonios en Worms como tejas en los tejados, aun así entraré a ella”.¹¹

Al llegar a Worms, una vasta multitud acudió a los portales de la ciudad para darle la bienvenida. La emoción era intensa. “Dios será mi defensa”, dijo Lutero al descender de su carruaje. Su llegada sorprendió totalmente a los partidarios del Papa. El emperador citó a sus consejeros. ¿Qué conducta debía seguirse? Un rígido papista declaró: “Hemos hecho largas consultas sobre este asunto. Que Su Majestad Imperial se deshaga de este hombre de inmediato. ¿No decidió Segismundo hacer que Juan Hus fuera quemado? No estamos dispuestos ni a dar ni a respetar el salvoconducto de un hereje”. “No –dijo el emperador–, debemos mantener nuestra promesa”.¹² Se decidió que el reformador fuera escuchado.

Toda la ciudad estaba ansiosa por ver a este hombre notable. Lutero, cansado del viaje, necesitaba tranquilidad y descanso; pero había disfrutado solamente unas pocas horas de reposo cuando los nobles, los caballeros, los sacerdotes y los ciudadanos se reunieron y lo rodearon ansiosamente. Entre estos había nobles que habían exigido valientemente del emperador una reforma de los abusos eclesiásticos. Tanto enemigos como amigos vinieron a ver al intrépido monje. Su posición era firme y valiente. Su rostro pálido y delgado revelaba una expresión bondadosa y hasta llena de gozo. El profundo fervor de sus palabras transmitía un

¹⁰ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

¹¹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

¹² *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

poder que aun sus propios enemigos no podían resistir completamente. Algunos se convencieron de que una influencia divina lo acompañaba; otros declararon, como los fariseos dijeron de Cristo: “Está endemoniado” (Juan 10:20).

Al día siguiente, se nombró a un funcionario imperial para que condujera a Lutero a la sala de audiencias. Todos los pasillos estaban colmados de espectadores ansiosos por observar al monje que se había atrevido a resistir al Papa. Un general anciano, héroe de muchas batallas, le dijo bondadosamente: “Pobre monje, tienes por delante una tarea más difícil que cualquiera de las que yo u otros capitanes hayamos enfrentado en nuestras batallas más sangrientas. Pero si tu causa es justa, [...] ¡avanza en el nombre de Dios y no temas nada! Dios no te abandonará”.¹³

Lutero hace frente al concilio

El emperador ocupaba el trono, rodeado por los personajes más destacados del imperio. Martín Lutero ahora tenía que responder por su fe. “Esta comparecencia era en sí misma una señal de victoria sobre el papado. El Papa había condenado al hombre, y este ahora estaba en presencia de un tribunal que, por ese mismo acto, se había puesto por encima del Papa. El Papa había puesto a Lutero bajo interdicto, y lo había privado de toda sociedad humana; sin embargo, fue citado a comparecer con un lenguaje respetuoso y recibido en la asamblea más majestuosa del mundo. [...] Roma ya estaba descendiendo de su trono, y fue la voz de un monje la que le causó esta humillación”.¹⁴

El humilde reformador parecía abrumado y confuso. Varios príncipes se acercaron a él, y uno susurró: “No temas a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma” (S. Mateo 10:28). Otro le dijo: “Cuando por mi causa los lleven ante gobernadores y reyes, el Espíritu de su Padre les dará lo que han de decir” (ver S. Mateo:18-20).

Un profundo silencio se posó sobre la numerosa asamblea. Entonces un funcionario imperial se levantó y, señalando los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestara dos preguntas: si él los reconocía como suyos, y si estaba dispuesto a retractarse de lo que había escrito. Después de que se le leyeran los títulos de los libros, Lutero contestó, a la primera pregunta, que los libros eran de él. “En cuanto a la segunda –dijo–, yo actuaría en forma imprudente si contestara sin previa reflexión. Podría afirmar menos de lo que las circunstancias demandan, o más de lo que la verdad exige. Por esta razón ruego a Su Majestad Imperial, con toda humildad, que me dé tiempo para que pueda contestar sin ofender la Palabra de Dios”.¹⁵

Lutero convenció a la asamblea de que él no había actuado por pasión o impulso. Tal tranquilidad y dominio propio, que no se esperaban en un hombre osado e intransigente, le permitió más tarde contestar con una sabiduría y una dignidad que sorprendió a sus adversarios y condenó su insolencia.

¹³ D'Aubigné, lib. 7, cap. 8.

¹⁴ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

¹⁵ D'Aubigné, lib. 7, cap. 8.

Al día siguiente, el reformador tenía que presentar su respuesta final. Durante un momento, su corazón desfalleció. Parecía que sus enemigos estaban por triunfar. Las nubes lo rodearon y parecieron separarlo de Dios. Con angustia de espíritu, derramó su clamor de manera tan entrecortada y desgarradora que nadie más que Dios puede comprender por completo.

“Dios Todopoderoso y eterno –imploró–, si he de poner mi confianza solamente en la fuerza de este mundo, todo está perdido. [...] Ha llegado mi última hora, y mi condenación ha sido ya pronunciada. [...] Oh Dios, ayúdame a afrontar toda la sabiduría del mundo. [...] La causa es tuya [...] y es una causa justa y eterna. ¡Oh Señor, ayúdame! Dios fiel e inmutable, en ningún ser humano coloco mi confianza. [...] Tú me has elegido para esta obra. [...] Mantente a mi lado, por consideración a tu amado Hijo Jesucristo, quien es mi protector, mi escudo y mi torre inexpugnable”.¹⁶

Sin embargo, no era el temor al sufrimiento personal, la tortura o la muerte lo que lo abrumaba con terror. Sentía su insuficiencia y temía que, debido a su debilidad, la causa de la verdad pudiera ser perjudicada. Luchaba con Dios no por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio; y en su total impotencia, su fe se aferró de Cristo, el poderoso Libertador. No comparecería solo ante el concilio. La paz inundó de nuevo su alma, y se regocijó de que se le permitiera elevar la Palabra de Dios ante los gobernantes de las naciones.

Lutero pensó en su respuesta, examinó los pasajes de sus escritos y extrajo de las Escrituras pruebas apropiadas para sostener su posición. Entonces, colocando su mano izquierda sobre el sagrado volumen, elevó la diestra al Cielo y se comprometió “a permanecer fiel al evangelio y libre para confesar su fe, aunque sellara su testimonio con su sangre”.¹⁷

Lutero comparece de nuevo ante la Dieta

Cuando Lutero fue conducido de nuevo ante la Dieta estaba calmo y sereno, a la vez que valiente y digno, como testigo de Dios ante los grandes de la Tierra. El funcionario imperial ahora demandó su decisión. ¿Deseaba él retractarse? Lutero pronunció su respuesta en tono humilde, sin violencia o pasión. Su porte era modesto y respetuoso; no obstante, manifestaba una confianza y un gozo que sorprendió a la asamblea.

“Su Alteza el emperador, ilustres príncipes, benignos señores –dijo Lutero–, comparezco delante de ustedes en este día, de acuerdo con la orden que me fue dada ayer. Si, debido a mi ignorancia, violara los usos y procedimientos de las cortes, ruego que me perdonen; porque no he sido criado en los palacios de los reyes, sino en el retiro de un convento”.¹⁸

Entonces declaró que en algunos de sus libros publicados había hablado de la fe y las buenas obras; y que aun sus enemigos los declararon provechosos. El retractarse de ello sería condenar las verdades que todos confesaban. La segunda

¹⁶ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

¹⁷ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

¹⁸ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

clase consistía en escritos que exponían corrupciones y abusos del papado. Revocar esas declaraciones sería fortalecer la tiranía de Roma y abrir una puerta más amplia a grandes impiedades. En la tercera clase, él había atacado a personas que defendían los males existentes. En cuanto a ellos, confesó francamente que había sido más violento de lo debido. Pero, ni aun estos libros podía desautorizar, pues los enemigos de la verdad aprovecharían la ocasión para maldecir al pueblo de Dios con una crueldad aún mayor.

“Me defenderé a mí mismo como Cristo lo hizo: ‘Si he dicho algo malo, demuéstrenmelo’. [...] Por la misericordia de Dios, los conjuro, serenísimo emperador, y a ustedes, ilustrísimos príncipes, y todos los hombres presentes de cualquier categoría, a probar por los escritos de los profetas y los apóstoles que me he equivocado. Tan pronto como esté convencido de esto, me retractaré de todo error, y seré el primero en tomar mis libros y arrojarlos al fuego [...]”.

“Lejos de estar desesperado, me regocijo al ver que el evangelio es ahora, como fue en los tiempos pasados, causa de problemas y disensiones. Este es el carácter, este es el destino de la Palabra de Dios. ‘No he venido a traer paz a la tierra, sino espada’, dijo Jesucristo. [...] Cuídense de que, al pretender sofocar las disensiones, no persigan la santa Palabra de Dios, y atraigan sobre ustedes un terrible diluvio de peligros insuperables, desastres en el tiempo presente y la desolación eterna”.¹⁹

Lutero había hablado en alemán; ahora se le pidió que repitiera lo mismo en latín. Repitió, pues, su discurso con la misma claridad que la primera vez. La providencia de Dios dirigió esto. Muchos príncipes estaban tan cegados por el error y la superstición que al principio no habían percibido la fuerza del razonamiento de Lutero, pero la repetición les permitió captar claramente los puntos presentados.

Los que en forma caprichosa cerraron los ojos a la luz se enfurecieron por el poder de las palabras de Lutero. El vocero de la Dieta dijo airadamente: “No has respondido la pregunta que se te ha hecho. [...] Se te exige que des una respuesta clara y precisa. [...] ¿Te retractarás o no te retractarás?”

El reformador contestó: “Puesto que Su Majestad y Sus Altezas exigen de mí una respuesta clara, sencilla y precisa, se la daré, y es la siguiente: No puedo someter mi fe ni al Papa ni a los concilios, porque es tan claro como el día que frecuentemente han errado y se han contradicho mutuamente. Por tanto, a menos que esté convencido por el testimonio de las Escrituras, [...] no puedo ni quiero retractarme de nada, pues no es seguro para un cristiano hablar contra su conciencia. Esta es mi posición, no puedo hacer otra cosa; que Dios me ayude. Amén”.²⁰

Así mantuvo su firmeza este hombre recto. Su grandeza y la pureza de su carácter, su paz y el gozo de su corazón resultaban notorios para todos mientras daba testimonio de la superioridad de la fe que vence al mundo.

En su primera respuesta, Lutero había hablado en una forma respetuosa y casi con sumisión. Los romanistas consideraron que el pedido de tiempo era meramente el

¹⁹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

²⁰ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

preludio para su retractación. Carlos mismo, notando con un poco de desprecio el aspecto agotado y las ropas sencillas del monje, había declarado: “Este monje nunca me convertirá en hereje”. Pero el valor y la firmeza que ahora desplegaba, el poder de su razonamiento, llenó a todo el mundo de sorpresa. El emperador, movido a la admiración, exclamó: “Este monje habla con un corazón intrépido y un valor inmovible”.

Los partidarios de Roma estaban derrotados. Trataron de mantener su poder, no apelando a las Escrituras, sino haciendo amenazas, el argumento infalible de Roma. Dijo entonces el vocero de la Dieta: “Si no te retractas, el emperador y los Estados del imperio deliberarán qué curso de acción habrán de seguir contra un hereje obstinado”.

Lutero respondió con calma: “Que Dios sea mi ayudador, porque no puedo retractarme de nada”.²¹

Se le pidió a Lutero que se retirara mientras los príncipes consultaban. La persistente negativa de Lutero a someterse afectaría la historia de la iglesia durante siglos. Se decidió darle una oportunidad más para retractarse. De nuevo se formuló la pregunta. ¿Renunciaría él a sus doctrinas? “No puedo alterar mi respuesta –contestó–; mantengo lo que he dicho ya”.

Los dirigentes papales estaban molestos porque su poder era despreciado por un humilde monje. Lutero había hablado a todos con dignidad y calma cristianas, y sus palabras estaban libres de pasión y exageraciones. Se había perdido de vista a sí mismo y sentía que estaba en la presencia del Ser infinito, que es superior a los papas, a los reyes y a los emperadores. El Espíritu de Dios estaba presente, impresionando el corazón de los grandes del imperio.

Varios príncipes valientemente reconocieron la justicia de la causa de Lutero. Otros no expresaron en ese momento sus convicciones, pero más adelante llegarían a ser intrépidos sostenedores de la Reforma.

Federico, el elector, había escuchado con profunda emoción el discurso de Lutero. Con gozo y orgullo, presencié el valor y el dominio propio del erudito que estaba siendo juzgado, y determinó mantenerse firme en su defensa. Vio que la sabiduría de los papas, los reyes y los prelados había sido anulada por el poder de la verdad.

Cuando el legado percibió el efecto producido por el discurso de Lutero, resolvió emplear todos los medios a su alcance para acabar con el reformador. Con elocuencia y habilidad diplomática presentó al joven emperador los peligros de sacrificar, por causa de un monje insignificante, la amistad y el sostén de Roma.

Al día siguiente de la respuesta de Lutero, Carlos V anunció a la Dieta su determinación de mantener y proteger la religión católica. Debían emplearse vigorosas medidas contra Lutero y las herejías que él enseñaba: “Sacrificaré mi reino, mis tesoros, mis amigos y mi cuerpo, mi sangre, mi alma y mi vida. [...] Procederé contra él y sus adherentes como herejes tercios, por la excomunión, el interdicto y todos los medios calculados para destruirlos”.²² Sin embargo, el emperador declaró que

²¹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

²² *Ibid.*, lib. 7, cap. 9.

el salvoconducto de Lutero debía ser respetado. Se le debía permitir que llegara a su hogar con seguridad.

El salvoconducto de Lutero en peligro

Los representantes del Papa de nuevo demandaron que el salvoconducto del reformador fuera desestimado. “El Rin debe recibir sus cenizas, así como recibió las de Juan Hus hace un siglo”.²³ Pero los príncipes de Alemania, aunque eran declarados enemigos de Lutero, protestaron por semejante violación de la fe pública. Señalaron las calamidades que habían seguido a la muerte de Hus. No se atrevían a traer sobre Alemania una repetición de esos terribles males.

Carlos mismo, en respuesta a esa propuesta malvada, dijo: “Aunque el honor y la fe desaparezcan en todo el mundo, deben encontrar un refugio en el corazón de los príncipes”.²⁴ Aunque fue presionado por los enemigos papales de Lutero a hacer con el reformador lo que Segismundo había hecho con Hus, Carlos V evocó la escena en la que, en la asamblea pública, Hus había señalado sus cadenas y recordado al monarca el compromiso violado; y declaró: “No quiero avergonzarme como Segismundo”.²⁵

Sin embargo, Carlos rechazó deliberadamente las verdades presentadas por Lutero. No quiso abandonar el sendero de la costumbre para andar en los caminos de la verdad y la justicia. Debido a que sus padres lo hicieron, él también sostendría al papado. Así se dispuso a no aceptar más luz de la que sus padres habían recibido.

Muchos hoy también se aferran a las tradiciones de sus padres y, cuando el Señor les envía conocimiento adicional, rehúsan aceptarlo porque tampoco fue recibido por sus padres. Dios no nos aprobará si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar nuestro deber en lugar de estudiar la Biblia por nosotros mismos. Somos responsables por la luz adicional de la Palabra de Dios que ahora brilla sobre nosotros.

El poder divino había hablado por medio de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Su Espíritu instó por última vez a muchos en esa asamblea. Y, como Pilato siglos antes, Carlos V, cediendo al orgullo mundano, decidió rechazar la luz de la verdad.

Los planes que se tramaban contra Lutero circulaban ampliamente, y causaban agitación por toda la ciudad. Muchos amigos, conociendo la crueldad traidora de Roma, resolvieron que el reformador no debía ser sacrificado. Centenares de nobles se comprometieron a protegerlo. Se colocaron letreros en las puertas de las casas y en los lugares públicos, algunos contra Lutero y otros a su favor. En uno se hallaban las siguientes palabras significativas: “¡Ay del país que tiene por rey a un muchacho!” (Eclesiastés 10:16, RVC). El entusiasmo popular en favor de Lutero convenció al emperador y a la Dieta de que cualquier injusticia manifestada hacia él haría peligrar la paz del imperio y la estabilidad del trono.

²³ *Ibid.*, lib. 7, cap. 9.

²⁴ *Ibid.*, lib. 7, cap. 9.

²⁵ Lenfant, t. 1, p. 422.

Esfuerzos para llegar a un acuerdo con Roma

Federico de Sajonia ocultó cuidadosamente sus verdaderos sentimientos hacia el reformador. Al mismo tiempo, lo vigiló con incansable cuidado, alerta a sus movimientos y a los de sus enemigos. Pero muchos no hicieron ningún intento de ocultar su simpatía por Lutero. “En la pequeña pieza del Doctor –escribió Spalatin– no cabían todos los visitantes que venían a verlo”.²⁶ Aun aquellos que no tenían fe en sus doctrinas no podían sino admirar la integridad que lo inducía a una muerte valiente antes que violar su conciencia.

Se realizaron fervientes esfuerzos para lograr que Lutero consintiera en hacer un arreglo con Roma. Nobles y príncipes le manifestaron que, si continuaba sosteniendo sus opiniones contra la iglesia y los concilios, sería desterrado del imperio y no tendría defensa. De nuevo le aconsejaron someterse al juicio del emperador. Entonces no tendría nada que temer. “Consiento –dijo en respuesta–, con todo mi corazón, en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos examinen y juzguen mis obras; pero con la condición de que tomen la Palabra de Dios como su norma. Los seres humanos no deben hacer otra cosa que obedecerla”.

En otra ocasión, respondió: “Consiento en renunciar a mi salvoconducto. Coloco mi persona y mi vida en las manos del emperador, pero renunciar a la Palabra de Dios, ¡nunca!”²⁷ Manifestó su disposición a someterse a un concilio general, con la condición de que se exigiese que ese concilio decidiera de acuerdo con las Escrituras. “En lo que concierne a la Palabra de Dios y a la fe, todo cristiano es tan buen juez como el Papa, aunque él esté apoyado por un millón de concilios”.²⁸ Tanto amigos como enemigos, por fin, se convencieron de que era inútil continuar esforzándose por lograr una reconciliación.

Si el reformador se hubiera sometido en un solo punto, Satanás y sus huestes habrían ganado la victoria. Pero su firmeza inmovible fue el medio de emancipar a la iglesia. La influencia de este único hombre, que se atrevió a pensar y obrar por sí mismo, había de afectar a la iglesia y al mundo, no solamente en su propio tiempo, sino en todas las generaciones futuras.

Por fin el emperador le ordenó a Lutero que regresara a su casa. Esta notificación sería rápidamente seguida por su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su sendero; pero cuando partió de Worms, su corazón estaba lleno de gozo y alabanza.

Después de su partida, deseoso de que su firmeza no se entendiera como una rebelión, Lutero le escribió al emperador: “Tengo la más ferviente disposición de obedecer a Su Majestad, para honra o para deshonra, en la vida o en la muerte, y con ninguna excepción salvo la Palabra de Dios, por la que el ser humano vive. [...] En lo que se refiere a los intereses eternos, Dios no desea que las personas se sometan a los seres humanos; pues una sumisión tal en materia espiritual es una verdadera adoración, y esta debe ser rendida únicamente al Creador”.²⁹

²⁶ Martyn, t. 1, p. 404.

²⁷ D'Aubigné, lib. 7, cap. 10.

²⁸ Martyn, t. 1, p. 410.

²⁹ D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.

En el viaje de regreso de Worms, los príncipes de la iglesia le daban la bienvenida al monje excomulgado y los gobernantes civiles honraban al hombre a quien el emperador había denunciado. Era instado a predicar y, a pesar de la prohibición imperial, de nuevo subió al púlpito. “Nunca me comprometí a encadenar la Palabra de Dios –dijo–, ni lo haré”.³⁰

No mucho tiempo después de que el reformador dejara Worms, los partidarios del Papa convencieron al emperador de que este emitiese un edicto contra él. Lutero fue denunciado como “Satanás mismo bajo la forma de un hombre envuelto en hábito de monje”.³¹ Tan pronto como su salvoconducto finalizara, se prohibiría a todas las personas alojarlo, darle alimentos o bebida, ayudarlo o animarlo por palabra o de hecho. Debía ser entregado a las autoridades y sus adherentes también tenían que ser apresados; y sus propiedades, confiscadas. Sus escritos debían ser destruidos y, finalmente, todos los que se atrevieran a obrar en contra de este decreto se hallarían incluidos en su condenación. El elector de Sajonia y los príncipes más amigos de Lutero habían salido de Worms poco tiempo después de su partida, y los decretos del emperador recibieron la sanción de la Dieta. Los romanistas estaban jubilosos. Consideraban sellado el destino de la Reforma.

Dios usa a Federico de Sajonia

Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero, y un corazón noble y leal había resuelto rescatarlo. Dios le dio a Federico de Sajonia un plan para proteger al reformador. En su viaje de regreso, Lutero fue separado de sus ayudantes y transportado rápidamente a través de los bosques al castillo de Wartburgo, una aislada fortaleza en la montaña. Su ocultamiento estuvo tan envuelto en el misterio que ni aun Federico sabía adónde había sido conducido. Esto tenía un propósito: mientras el elector no supiera nada en cuanto a su paradero, no podía revelar nada. Satisfecho con la idea de que el reformador estaba a salvo, Federico estuvo conforme.

Pasaron la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno; Lutero continuaba prisionero. Aleandro y sus partidarios estaban exultantes. Parecía que la luz del evangelio estaba por extinguirse. Pero la luz del reformador seguiría brillando con un fulgor aún más deslumbrante.

Seguridad en Wartburgo

En la amigable seguridad de Wartburgo, Lutero se regocijaba en estar libre del ardor y el tumulto de la batalla. Pero, acostumbrado a una vida de actividad y duro conflicto, no podía soportar permanecer inactivo. En esos días solitarios, la condición de la iglesia lo volvió a preocupar. Temía ser acusado de cobardía por retirarse de la lucha. Entonces, se reprochó a sí mismo por su indolencia y su complacencia propia.

Sin embargo, al mismo tiempo estaba realizando a diario más de lo que parecía posible para un solo hombre. Su pluma nunca estaba inactiva. Sus enemigos estaban

³⁰ Martyn, t. 1, p. 420.

³¹ D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.

admirados y confusos por las pruebas tangibles de que él seguía en acción. Una multitud de folletos salidos de su pluma circulaban por toda Alemania. También tradujo el Nuevo Testamento al idioma alemán. Desde su “rocosa Patmos” continuó proclamando el evangelio, aproximadamente un año, reprendiendo los errores de aquellos tiempos.

Dios había retirado a su siervo del escenario de la vida pública. En la soledad y la oscuridad de su refugio montañoso, Lutero perdió todo sostén terrenal y quedó ajeno a toda alabanza humana. Así fue protegido contra el orgullo y la confianza propia que tan a menudo produce el éxito.

En tanto que los seres humanos se regocijan en la libertad que la verdad les depara, Satanás trata de distraer sus pensamientos y afectos de Dios y fijarlos en los agentes humanos, para honrar al instrumento e ignorar la mano que dirige los acontecimientos de la providencia. Demasiado a menudo, los dirigentes religiosos, alabados de esta manera, se ven inducidos a confiar en sí mismos, y el pueblo busca su dirección en lugar de la Palabra de Dios. Dios guardó a la Reforma de este error. Los ojos de los hombres se habían vuelto a Lutero como el expositor de la verdad; pero él fue retirado para que todos los ojos humanos se dirigieran al eterno Autor de la verdad.